Juan de Miramontes, Da *Armas Antárcticas*

CANTO X

Marchan los españoles en busca de Oxnán. Llegan sobre el fu erte. Sale Pedro de Arana a reconocelle, topa a Estefanía, traila al General. Cuéntale su historia y por su industria y valor se entra el fuerte , se prende a Oxnán y se alcanza la victoria.

[…]

«Porque de enherbolada flecha herido,
Juan Oxnán, no intratable ya ni fiero,
cuando triumphar pudiera del vencido,
vencido se me dio por prisionero.
Qué humilde, qué halagüeño, qué rendido,
qué noble, cortesano, lisonjero
se me mostró, es verdad, yo lo confieso,
que si yo fui su presa, él fue mi preso.

«Pidiome que amorosa y blandamente
sus melosas palabras le escuchase
y puesta en libertad toda mi gente
con él por su señora me quedase.
Yo, porque a ser más áspero, inclemente,
su amor y mi desdén no le obligase,
fingile en la apariencia buen semblante,
cosa a mis infortunios importante.

[…]

«Su fuerza y mi temor me costriñeron
a que su petición le concediese,
porque también los míos me pidieron
que la necesidad virtud hiciese.
Con eso, al fin, en libertad se fueron,
quedando sola yo a que padeciese
las ásperas tormentas de Fortuna,
que ya sin padecer no tengo alguna.

«Metiome en este monte, donde he sido
mártir de mi confuso pensamiento,
porque si con estremo me ha servido,
¿qué servicio es aquél do no hay contento?
Mas, ya que libertad se me ha ofrecido,
el medio me causó desabrimiento:
quisiérame yo huir, mas no que fuera
echada del inglés desta manera.

«¿Qué pudo persuadirse aquel ingrato
a desdeñarme a mí de aquesta suerte,
aunque viera a los ojos el retrato

de la temorizante y crüel muerte?
En efecto, Señor, como el rebato
tuyo se le tocó, al momento advierte
de echar la inútil gente a la montaña
por cosa de embarazo y que le daña.

[…]

«Ésta es de mi suceso breve cuenta,
pero si fiero al enemigo eres
y, como tu persona representa,
begnino y generoso con mujeres,
a la pena y dolor que me atormenta
darás algún alivio si me dieres
favor con que a vengarme embista el fuerte
por donde menos el inglés advierte.

«Yo, si tú quien guardándome la espalda
vaya me das, vengar mi rabia espero,
tomando en vez del guante y la guirnalda,
espada y morrión de fino acero.
Verase si el consorte de doña Alda,
Rodamonte, Gradaso ni Rugero
hicieron hechos de mayor estima
que yo poniendo a mi enemigo grima».

[…]

Al lado, con Arana, va delante
y menos del intento se arrepiente
cuanto más con propósito constante
quiere satisfacer su rabia ardiente.
Parece tan airada en el semblante
como pisada víbora o serpiente,
cuando en el Capitán el rostro puesto,
(fiada de su brazo) dijo aquesto:

«Atiende bien, Señor, a lo que digo,
si quieres hacer hechos estremados.
A la banda del río está un postigo
por do bajan por agua los cercados,
no recelan por éste al enemigo
y así no es vigilado de soldados,
que demás del estrecho y angostura
la corriente del río le asegura.

«Mira que soy otra Camila airada,
otra Pantasilea o Bradamante,
y que con mi valor y aquesta espada
puerta abriré por muros de diamante.
Vamos los dos, y déjame a la entrada

(si algo pueden mis ruegos) ir delante,
que tan sólo pretendo seas testigo
del destrozo que hago en mi enemigo».

Arana respondió: «De tu denuedo,
gentil semblante, apuesto, hermoso y bravo,
sin duda para mí seguro quedo
que a todo cuanto intentes darás cabo,
pues bastará a poner terror y miedo
al arrogante inglés y al negro esclavo
una mujer airada y ofendida
qu' en poca estimación tiene la vida.

«Pero déjame ir solo porque quiero
el paso franquearte, y no te muevas
hasta que veas de tu amante fiero,
con buen o mal suceso, algunas nuevas.
Probaremos si el corte de su acero
hace en aqueste escudo tales pruebas,
como es fama que ha hecho en mar y tierra
en los dudosos trances de la guerra».

Sentida le responde Estefanía:
«¿Estoy de que tan poca confianza
tengas de mí? La injuria ha sido mía
y della me compete hacer venganza.
Mi razón, mi valor, tu compañía
me aseguran y dan cierta esperanza
de que hemos de alcanzar con la victoria,
yo mi satisfacción y tú la gloria».

[…]

Embiste Estefanía con la puerta,
y asiendo del pestillo, fuerza tanta
puso para dejalla en par abierta,
que con las fuertes manos le quebranta.
Deja caer al foso la compuerta
mientras que Arana la señal levanta,
y su gente, qu' estaba sobre aviso,
con ímpetu acomete de improviso.

Mas no con tal secreto que primero
al arma los ingleses no tocasen,
y a la valiente dama y al guerrero
mil puntas y arcabuces asestasen;
para que su valor y ánimo entero
las contrapuestas armas aprobasen,
viendo que atravesados en el puente
resisten el furor de tanta gente.

[…]

Aunque con todo esfuerzo y gallardía,
sin alcanzalla a ver, Oxnán, su amante,
la entrada de su fuerte defendía
colérico, terrible, amenazante.
Era tal su valor, su valentía,
que sola su persona fue bastante
a que se reprimiese la corriente
que llevaba el tropel de nuestra gente.

Mas no por eso Oxnán pierde la ira,
antes con un frenético despecho
furiosos y terribles golpes tira
a cuál a la cabeza, a cuál al pecho.
Su ligereza, su destreza admira,
o hiera de revés o de derecho;
mil puntas van sobre él, a mil resiste,
y a todos lleno de furor embiste.

Él solo se sustenta, él solo quiere
mostrar que contra todos es bastante:
a todos acomete, a todos hiere,
cuantos topa de opósito delante,
y en fiera y alta voz dice: «Si hubiere
entre los que me oís algún infante
que conmigo probar quiera el acero,
de persona a persona, aquí le espero».

[…]

Pero cuando con más furor y estruendo
andaba su batalla rigurosa,
al puesto adonde estaban combatiendo
colérica llegó la dama hermosa.
Parose un poco a vello y conociendo
(aunqu' era noche obscura) a Oxnán, furiosa
se lanza en medio, y prorrumpió su boca:
«Dar fin a esta batalla a mí me toca.

«Suspendedla, señor, por cortesía,
le dijo a Campuzano, que me importa
ver si de aqueste inglés la valentía
corta en mis carnes, como en mi honor corta».
Campuzano, a la voz de Estefanía,
tanto el furor y cólera reporta
que, dándola lugar, se aparta afuera
y sobre el puño de la espada espera.

«Esos ojos, crüel, con que me viste
(entonces dijo a Oxnán) y aquesos brazos,

violencia de mi honor, con que me diste
contra mi voluntad tiernos abrazos,
yo volveré su luz en noche triste,
su fuerza y su valor haré pedazos:
llégate agora a regalar conmigo,
fiero, terrible y áspero enemigo.»

«Quien dio su libertad a tu belleza,
(Oxnán responde, y abatió la espada)
mal podrá resistir tu fortaleza
de odio, de rigor y de ira armada.
Ves aquí descubierta mi cabeza,
véngate en ella, dulce, ingrata amada,
que gloria me será saber que muero
a manos de quien más que al alma quiero.

«Si siendo mi divina prisionera
por rendirme a tus ojos soberanos
no pude contenerme, considera
que hay pocos Scipiones Africanos;
pero si es justo que por ello muera,
denme el castigo tus hermosas manos,
que otras ningunas no podrán si rijo
aqueste acreditado estoque», dijo.

A dalle un golpe fiero alzó la dama
el brazo, pero Amor puesto delante
le ofreció a la memoria: ¿quién derrama
la sangre de un rendido y fiel amante?
Esto la mitigó de ira la llama
y la obligó a decille: «Pues bastante
no eres a resistirte, será aviso
rendirte, qu' el morir si no es preciso».

«Rendido estoy, yo tomo tu consejo»,
la respondió y, parlando mano a mano,
do batallando está el general Trexo
se van con el valiente Campuzano.
El General, qu' es de virtud espejo,
con término amigable y cortesano
le recibió y trató begninamente,
a él y a la demás cautiva gente.